



Palabras del doctor Luis José Vera en el homenaje al doctor Ernesto Díaz Montes en la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Venezuela

Agradezco a los organizadores de este homenaje, integrantes del Departamento de Tecnología Farmacéutica, en la persona de la profesora Lirio Camero, la escogencia de la cual he sido objeto para dirigir unas palabras nacidas con el sentimiento más puro, que ratifica un afecto al amigo de siempre, con quien compartí momentos felices que ofrece la vida y quedarán permanentes en el recuerdo en los días que me restan.

Conocí a Ernesto hace casi sesenta años en momentos en que nos disponíamos a iniciar los estudios de la carrera de Farmacia en la Casona vieja de San Martín, que ofrecía un ambiente propicio a la confraternidad estudiantil.

En el curso de un corto tiempo logramos conformar un grupo pequeño en número pero inmenso en camaradería, de costumbres y gustos afines que pudo entrelazarse indisolublemente para una amistad muy hermosa, fraterna, sincera y perenne como toda buena amistad pocas veces vista en nuestra magna casa de estudios.

La vida estudiantil universitaria, a pesar de transcurrir bajo un régimen de oprobio desde el punto de vista político por parte del gobierno de turno, se desarrolló felizmente, ocupando el tiempo en quehaceres propios de la juventud como el deporte, la música, el teatro y la parranda dueña de un espacio importante pero sin descuidar el deber obligatorio y prioritario del estudio. Ernesto, integrante del grupo de los cinco fue abanderado en confraternidad, armonía, compañerismo, nobleza, lealtad, franqueza y justicia, virtudes que ayudarían a mantenernos familiar y profesionalmente unidos.

Una vez terminados los estudios, Ernesto pasó a desempeñar labores profesionales como jefe de producción en un laboratorio de la industria farmacéutica y en la docencia donde tuve la suerte de acompañarle en la Cátedra de Física Farmacéutica la cual regentó durante 14 años.

Transcurrido cierto tiempo, recibí una grata noticia de Ernesto al notificarme que conjuntamente con su señora esposa habían escogido mi persona para apa-

drinar en bautizo a su primera hija, ello fue causa de una inmensa satisfacción doble: primero porque valoro lo que ello significa y segundo porque este compadrazgo vino a reforzar la amistad familiar.

En diversas ocasiones fui compañero de viaje a diversas partes de nuestro territorio y en cada oportunidad pude constatar la manera de cómo admiraba y se enorgullecía de la riqueza y belleza natural de Venezuela, lo que lo proclama como un venezolano integral con profundo sentido nacionalista, sin que por ello dejara de valorar la belleza y el progreso de las grandes potencias y la cultura y esplendor de las civilizaciones milenarias.

De fino gusto clásico no desperdició oportunidad para el arte, la poesía y la música, de la cual la vernácula la entonaba con toda en natural alegría acompañándola siempre de la frase oportuna y picaresca que le caracterizaba.

Gustaba de la tertulia, de la cual disfrutamos tantas veces, las realizábamos de manera prolongada enfocando diversos temas de interés político-social-universitario, deportivo, gremial donde la intervención de Ernesto era muestra de su profundo conocimiento producto de la lectura de la cual era apasionado.

Muchas veces nuestras parrandas, también prolongadas, terminaban con la acostumbrada serenata donde llevaba la voz cantante en época en que Caracas conservaba destellos de ciudad bucólica con madrugadas tranquilas y amaneceres apacibles.

Cuando tomó la determinación de dedicarse enteramente a la docencia, me correspondió sustituirlo en el cargo que ocupaba en la industria farmacéutica, cumpliendo principios de ética profesional le pedí permiso para sustituirle y me respondió «tú no necesitas permiso para eso» seis palabras en una frase sencilla que involucraban el reconocimiento y cariño que dispensaba hacia mi persona.

En otra ocasión en una etapa difícil de su vida conyugal me atreví a interferir en su privacidad por considerar que podría contribuir como factor de solución y me respondió «nuestra amistad está por encima de

todos los valores» de nuevo seis palabras con gran significado que me hicieron comprender que estaba yo equivocado. Así era Ernesto contundente y firme en sus decisiones. Consecuente en la amistad.

Haciendo a un lado la profunda amistad de más de 50 años, Ernesto es para mí uno de los profesionales universitarios de mayor autenticidad de los conocidos que integran el grupo de mi generación. De él aprendí mucho por haber compartido diversas facetas de la vida, desde las ilusionadas etapas de estudiante hasta la comprometida tarea del ejercicio profesional en diferentes aéreas de su quehacer.

Para el año de 1960 cuando el gremio se disponía a la conquista de justas reivindicaciones, Ernesto ya pertenecía a la directiva de nuestro colegio piloto al lado del Dr. Jesús María Bianco de quien asimiló substancialmente las lecciones que en materia de gremialismo le transmitió el maestro proporcionándole el mérito y la capacidad suficiente para presidir las convenciones nacionales predecesoras de la Federación Farmacéutica Venezolana de la cual también fue su primer presidente en la suerte para mí de poder acompañarle.

Quien conozca la historia de nuestra universidad sabrá las numerosas etapas difíciles por las que ha pasado en su proceso de evolución, la mayoría de las veces producto de la situación política de nuestro país cambiante periódicamente y en consecuencia nuestra Facultad de Farmacia como apéndice del Alma Mater ha sufrido estas dificultades sin embargo, en estos casos, siempre ha contado con la persona que adaptándose a las consecuencias, con serenidad, inteligencia, ponderación y ecuanimidad ha logrado continuar el avance en el desarrollo de la educación farmacéutica universitaria. En estas condiciones, Ernesto asume por primera vez el decanato de la Facultad de Farmacia y una vez ganada la confianza y la seguridad por parte del profesorado en una gestión verdaderamente universitaria, la mayoría del electorado lo elige decano por votación directa y secreta para el periodo 1973-1975. Al respecto, las palabras del doctor Aníbal Maestre Fuenmayor son real testimonio de la gestión del distinguido decano «el Dr. Díaz Montes supo esclarecer la función universitaria a los fines que le son coetáneos; acierto y competencia enmarcado dentro de una conducta profesional que supo descifrar con lucidez dentro de las normas que pauta el Consejo Director de la Universidad Central». A esto agregaría que Ernesto en su actuación docente y gremial puso en práctica el binomio ciencia-gremialismo al concebir que la capacidad intelectual unida a la mejor condición humana y el cumplimiento de los principios deontológicos son la base fundamental de nuestro ejercicio, pues en ellos descansa la responsabilidad, el respeto al enfermo y la

indiscutible premisa, esencia de nuestra profesión como es la de ser servidores de la sociedad. Él sabía que ello es lo único que puede garantizar nuestra eficacia, sobretodo en una profesión altamente combatida de la manera más injustificada, y acechada continuamente por un mercantilismo malévolo intruso donde la audacia del hombre está por encima del conocimiento y hasta de la ley.

Mi compañero de promoción, ex-presidente de las convenciones farmacéuticas, ex-presidente de la Federación Farmacéutica Venezolana, ex-Decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Venezuela, fundador de SADPRO, fundador de EXFAR, fundador del Servicio de Fórmulas Magistrales «Dr. Ramón Scovino», ex-Jefe del Departamento de Tecnología Farmacéutica. Arriba al Vicerrectorado Académico de la UCV por la misma vía democrática como lo fue para su gestión decanal completando así el prestigioso trío de farmacéuticos que han ocupado altas posiciones como autoridades Rectoras de nuestra Casa de Estudios.

Una dolencia tempranera le imposibilitó a participar para optar a la máxima jerarquía rectoral la cual hubiese conquistado sin mayor oposición y desempeñado exitosamente con toda la competencia que le caracterizaba.

En su condición de jubilado continuó prestando sus mejores servicios a la universidad y a su gremio cumpliendo así un principio ético del egresado para quien la experiencia, los conocimientos adquiridos y su capacidad intelectual no constituyen patrimonio personal, sino que deben estar a disposición de su facultad para el mejoramiento y desarrollo de la institución y sus futuros egresados.

Un hombre como Ernesto, de limpia trayectoria profesional y ciudadana, constituye un estímulo para la imitación, propicia la confraternidad, el deseo de ser útil, el amor a su profesión y a su gremio y amerita el recuerdo perdurable.

Todo tiene su fin, se van los buenos conocidos. Los compañeros de trabajo. El familiar y el amigo y nos quedamos con la tristeza, el dolor que produce su ausencia y el repetir de la pregunta de siempre:

*Por qué razón, naturaleza arpía
te empeñas en cortar tan pronto el hilo de la vida
cuando hay tiempo todavía
para el amor y la alegría*

La pregunta que aún no tiene respuesta, sólo el consuelo de la confraternidad cristiana, al saber que a los seres buenos Dios le reserva un sitio de privilegio rodeado de toda la paz necesaria para el eterno descanso de su alma.